



Madrid Cómico

SÓLO PUBLICA TRABAJOS INÉDITOS Y HUMORÍSTICOS.
No se devuelven los originales.

SUMARIO.

TEXTO: Advertencia.—De todo un poco, por Constantino Gil.—Perfil de un retrato, por Pedro Antonio de Alarcón.—Efectos de los baños, por Eduardo Bustillo.—Los desgraciados, por Juan de Coupigny.—Todo lo mismo, por Vital Aza.—Galería de espectadores, por Mariano Pina Domínguez.—Dos botellas, por Juan Pérez Zúñiga.—Mi reloj, por José Jackson Veyan.—¡Ate usted cabos!, por Julio Monreal.—¡Qué lástima!, por Angel Pardo.—¡Pobrecilla!, por Pedro Estañón Hernández.—¡Lo que hace el sueño!, por Faustino Beltrán.—Seguidillas gitanas, por Narciso Díaz Escobar.—Rimas, por Ventura Mayorga.—Epigrama, por Ceferino Palencia.—Chismes y cuentos.—Charada.—Solución a la publicada en el número anterior.—Anuncios.

GRABADOS: Músicos célebres (Arrieta), Las ferias de Setiembre en Madrid, Caza mayor, Bazar de ropas hechas, ¡Gran liquidación!, Ciencias é industria, y ¡Oh, tempora!, por Cilla.

ADVERTENCIA.

La figura de que hablábamos en la advertencia del número anterior, la hallarán nuestros lectores en la página 8.^a del presente.



DE TODO UN POCO.

Llegamos á la hora acostumbrada; es decir, con dos horas de retraso, con objeto de que el Gobierno no tuviera pretexto para imponer á la empresa ninguna clase de multa.

El viaje fué feliz, hasta cierto punto, en que descarrilamos un poco, no por culpa de la empresa, no, señor, sino por culpa de unos carneros que se atravesaron en la vía; lo que demuestra una vez más que los carneros son unos animales sin instrucción de ninguna clase, y al mismo tiempo muy *atravesados*, como he tenido ocasión de observar varias veces que he comido costillas de dichos cuadrúpedos, que se me atravesaban en la garganta sin poderlas pasar.

No diré á Vds. mis impresiones de viaje, porque sería muy largo. Todos mis compañeros traían para sus parientes ó amigos recuerdos más ó menos importantes de los

MÚSICOS CÉLEBRES — POR CILLA.



Nunca Arrieta desafina;
con su música divina
da gloria á los patrios lares,
y cruzó todos los mares
la fama de su Marina.

sitios donde habían pasado el verano; lo cual es una costumbre que me hace muy poca gracia, porque grava bastante los presupuestos de viaje.

Los que venían de Zaragoza traían virgenes, más ó ménos esmaltadas: los que llegaban de la costa venían atestados de conchas, por cuya razón no deben Vds. extrañar este invierno el encontrarse mucha gente con muchísimas conchas: en fin, hasta un amigo mío que vino del Monasterio de Piedra, traía también su correspondiente recuerdo de piedra en mitad de la frente, y con todas las apariencias de una cicatriz de padre y muy señor mío.

Los dependientes del resguardo nos dieron unas cuantas estocadas en los bultos que traíamos sobre nuestras rodillas; pero no se ocuparon para nada de los que venían sobre la *vaca* del ómnibus, y en los que por su mayor volumen podíamos traer toda clase de contrabando.

He recorrido Madrid, y lo encuentro lo mismo que cuando lo dejé.

Los mismos ingleses, conservando cuidadosamente los mismos *pagareses*, que jamás se harán efectivos: la misma espada de Damocles, pendiente sobre la calle de Sevilla, y dispuesta á dar un sablazo al primero que se descuide: mi casero vivo todavía, y con la preocupación absurda de que debo pagarle todos los meses el alquiler del cuarto: la Bolsa alta, tan alta que los pobres no alcanzan á cogerla y se mueren de hambre: niñas que venden décimos de rifas benéficas y otros excesos: muchos periódicos denunciados, y muchas casas que debían denunciarse por viejas, sin que nadie les diga una palabra: algunos amigos que se han casado y otros que se han fusionado con sus novias para evitar gastos: el calor tan terrible como en el mes de Agosto, y la prueba es que algunos habilitados de ciertas dependencias del Estado y algun recaudador de contribuciones han salido precipitadamente de Madrid, sin tener tiempo siquiera para despedirse de sus jefes ni para dar cuentas. ¿Qué más? Hasta mi amigo Ricardo de la Vega, el popularísimo autor de *La canción de la Lola*, empeñado siempre, con su proverbial modestia, en que los lectores del MADRID CÓMICO encontrarán más agradables mis revistas que las chistosísimas que él ha escrito durante mi ausencia.

Pero ya verán Vds. cómo lo echan de ménos.

Por razones particulares, que todavía me asisten, aún no me he decidido á ocupar mis butacas en los teatros para poder dar á Vds. noticia de las novedades que ofrecen al público.

Lo que puedo decir, es que el número de los cuñiseos debe haberse aumentado considerablemente; y me fundo para decirlo, en que ayer, al subir á ver un cuarto desalquilado, sorprendí el siguiente diálogo entre el portero de la casa y un caballero que bajaba de ver la mencionada habitación:

—Diga Vd.—decía el caballero,—¿el cuarto tiene guardilla?

—Sí señor, respondió el portero.

—¿Y agua?

—También.

—¿Y cueva?

—También.

—¿Y teatro?

—No señor; pero se lo pondrán el año que viene.

Y no crean Vds. que me maravilló la pregunta, porque al paso que vamos, dentro de poco no quedará casa en Madrid que no tenga su correspondiente teatro, y si me apuran Vds., aunque no he dado motivo para que Vds. me apuren, hasta su plaza de toros.

La otra noche bajaba por la calle de Alcalá, con ánimo de tomar el fresco, ó la fresca, como dicen en mi tierra, cuando se me acercó un revendedor del teatro de Apolo ofreciéndome una butaca.

—¿Qué hacen?—le pregunté.

—Una zarzuela muy bonita,—me contestó.

—¿Cómo se llama?

—*Inodora*,—me respondió,—no debe Vd. dejar de verla.

—¡Hombre!—no pude ménos de exclamar; si se titula *Inodora*, no padecerá mucho el olfato. Y, en vista de ello, y contra mi propósito, me decidí: compré la butaca y entré en el coliseo.

Allí me encontré con una obra póstuma del inmortal Hartzzenbusch; ese genio que hace pocos meses *cayó como el sol, sin hacer ruido*, porque no se ocupó en su vida de política, sino de literatura.

Debo advertir que yo no tengo mucha devoción á las obras póstumas, desde que oí á un amigo mío que las llamaba, no sé si por equivocación ó á propósito, obras *postemas*; así es, que esperé que se alzara la cortina, sin mucha impaciencia.

Y, sin embargo, la zarzuela de aquel ingenio privilegiado que escribió *Los amantes de Teruel* debe verse por todos los amantes de la buena literatura, aunque no sea más que para olvidar el francés y aprender un poco el castellano.

Arrieta ha escrito para ella una música maravillosa, que prueba cómo los grandes maestros se parecen á los ruiseñores; que se despiertan muchas veces sin motivo alguno para estar tristes ni alegres, y producen trinos llenos de sentimiento y gorjeos en los que rebosa la felicidad.

El público aplaudió frenéticamente al músico y al poeta, demostrando así que los grandes escritores, tan raros ya, por desgracia, tienen algo del Cid, puesto que aun después de muertos, consiguen vencer la indiferencia de las multitudes, se apoderan de ellas, las subyugan tras breve lucha y las obligan á que se golpeen las palmas de las manos en señal de admiración y respeto.

Hallándome ayer en la puerta del Suizo, se pararon junto á mí dos damas elegantísimas:

—¿Te has abonado al Real?—le preguntó la más joven á la de mayor edad.

—Sí,—respondió ésta.

Entonces, la primera, bajando un poco la voz, pero no tanto que yo no lo oyera, le dijo á su amiga:—Dí, ¿y qué habeis empeñado?

No pude oír la respuesta; pero la pregunta me dió la medida del número de papeletas de empeño que habrá este año en las butacas y en los palcos del teatro Real.

Leo en un periódico que el matador de toros Francisco Arjona Reyes (a) Currito, ha regalado á S. M. el rey una magnífica jaca, tan admirablemente amaestrada, que no se ha conocido otra igual para derribar.

—¡Ay!—no he podido ménos de decir al leer semejante suelto:—si la hubieran cogido los fusionistas, ¿dónde estaría el ministerio á estas horas!

Y perdonen Vds. el modo de señalar.

Constantino Gil

PERFIL DE UN RETRATO

Lábrica sierpe corazón de piedra,
formidable mujer, bella y temida,
imagen erca de la acésga hiedra,
cuyo abrazo mortal roba la vida.

P. A. de Herrera

EFECTOS DE LOS BAÑOS.

*Carlita sencilla y franca
que dirige á Salamanca
un vital catado á su suegro,
con el bolsillo sin blanca
y el horizonte muy negro.*

Amigo, suegro y señor:
Ya está de vuelta Leonor,
mi esposa y su hija de usted,
que á baños mala se fué
y vuelve mucho peor.

Por femeniles amaños,
trae de baños muchos daños,
aunque excelente salud,
lo cual prueba su virtud,
es decir, la de los baños.

Se ha pasado antes de ayer
mi mujer, y hallo intranquilo
que hoy tengo que mantener
diez kilos más de mujer
que me harán sudar el quilo.

Y, con mi hacienda amenguada,
ella me da testimonio
de que, por agua pasada,
no ha de haber cruz más pesada
que la cruz del matrimonio.

Por moda al mar se largó,
y en empeños me metió
y á otros empeños me lleva:
y, por ir mi esposa á Deva,
no hay quien deba más que yo.

A Venus quiso imitar,
del mar saliendo á la orilla
hecha de espuma de mar,
lo mismo que la boquilla
que acabo de culotar.

Y aunque mi Venus graciosa
está, por más de un cristiano,
harto pagada de hermosa,
en el culto de esta diosa
yo sólo soy el pagano.

Derrocha mi escasa renta,
de Deva á París se larga,
y un primo, á quien se presenta,
los gastos me carga en cuenta,
que es lo que á mí más me carga.

Del mundo en los mares hondos
mi Venus buscó las normas
de los negocios redondos,
en que ella luce sus formas
mientras yo pierdo mis fondos.

Y como tanto ha corrido
en su viaje, que, al volver,
sin su mundo se ha venido,
pienso que, por mi mujer,
está ya el mundo perdido.

Perderlo es un nuevo insulto,
y yo mi enojo no oculto;
que el bulto encierra valor,
y lo que quiere Leonor
es que yo la busque el bulto.

Y aún olvida el dineral
que me cuesta su desfalco,
y me pide muy formal
que en el teatro Real
la abone a un turno y á palco.

¡Para bollos está el horno!
¡A espectáculo nocturno
llevarla yo como adorno,
para que el palquito á turno
me traiga un nuevo trastorno!

Ya, señor suegro, estoy harto,
y que mal rayo me parta
si en estas quejas que ensarto
no le dice á usted mi carta
que ya no me queda un cuarto.

A usted, pues, buena persona
que á esta mona tanto abona,
le digo que le enviaré
franca de porte su mona,
y que se divierta usted.

Y aunque halle la sociedad
que esto es una atrocidad,
queda desde hoy declarado
viudo de solemnidad
su ex-yerno.

PEPE CASADO.

Por la copia.

Eduardo Buitillo

LOS DESGRACIADOS.

Achaque de la humanidad es quejarse y atribuir á la mala suerte los contratiempos que nos sobrevienen. ¿Quién, por la más pequeña contrariedad que le ocurra en cualquier acto de la vida, no se juzga el ser más desgraciado de la tierra, sin considerar que es él, quizás, la causa única de lo que llama desgracia? Para que Vds. se convenzan de la verdad de mis palabras, voy á exponer, á la ligera, las desventuras de unos cuantos desgraciados con quienes tuve la desdicha de tropezar, pocos días hace, al salir de mi casa con ánimo de distraer mi imaginación y de solazarme.

En la calle me encontraba ya, cuando ví á mi amigo Perez que se dirigía hácia mí; y abrazándome en cuanto estuvo á mi lado, me dijo con voz ahogada:

- ¡Ay, qué desgraciado soy!
—¿Tú desgraciado?
—Pero más que ninguno en el mundo.
—¿Qué pasa?
—¿Te acuerdas de Purita, aquella muchacha rubia á quien hacía yo el amor hace dos años?
—Sí, ¿aquella que te tiró las tijeras á la cara?
—La misma.
—¿Que un día en paseo emperó á insultarte, á llamarte mal caballero?
—La misma, la misma.
—¿La que juró que había de arrancarte los ojos?
—Esa, justamente, esa.
—¿Y qué es lo que motiva tu amargura? ¿que se ha casado con otro? No te importe, antes alégrate.
—No es eso: con quien se ha casado ha sido conmigo, y estoy, desde hace seis meses que se efectuó la boda, sufriendo las penas del purgatorio. Hoy, si no me escapo de mi casa, pone en práctica lo de arrancarme los ojos.
—¿Qué me dices? ¿Después de todo lo que te ha ocurrido con ella te casaste?

—Sí; después de eso y á pesar de que todos me decían que era una locura. Pero ¿qué quieres? ¡Me gustaba tanto!...

—¡Pobre Perez!

—Sólo á mí me sucede esto. ¡Casarme enamorado y encontrarme con una mujer como la que tengo! ¡Qué desgraciado soy!

Confieso que el relato de mi amigo Perez me impresionó; pero ¿quién le obligaba á casarse con una mujer que había jurado arrancarle los ojos? Y con estas y otras reflexiones seguí andado y di con mi cuerpo en el café Suizo.

No bien me había sentado delante de una mesa, cuando observé que en la inmediata á la mía se hallaba mi antiguo compañero Luis, el que, absorto y cabizbajo, no había reparado en mí.

—¿Qué te preocupa? le pregunté. ¿meditas algún plan para un nuevo drama?

Alzando entonces la vista, y lanzando un suspiro que revelaba toda la hiel que había en su pecho, me dijo:

—No medito plan ninguno: el hombre á quien como á mí sigue siempre la desgracia, jamás debe coger la pluma.

—Hombre, eso es grave, repuse. ¿Qué desgracia es la tuya? ¿No se ha representado tu obra?

—Mi drama se estrenó antes de anoche, exclamó en tono lúgubre y sentimental.

—Vamos, todo lo comprendo, repliqué; no desmayes por eso, tienes talento y tomarás la revancha. ¿Tu drama no ha gustado?

—Al revés, hombre, al revés. He obtenido un éxito brillante. La prensa ensalza mi drama, el público llena todas las noches el teatro, la empresa espera resarcirse de sus pérdidas.

—Entonces, ¿de qué te quejas?

—De eso mismo. Tú sabes que yo vivo de mi trabajo, y he vendido mi obra, antes de representarse, por diez duros que me dió el editor.

—¿Y á quién se le ocurre?...

—Cuando la llevé al teatro, la lei á los actores, y éstos me dijeron que era muy mala, que no pasaba de la primera escena; y ahí tienes lo que ha sucedido, antes de anoche alborotó. Dime ahora si no soy el hombre más desgraciado del mundo.

Por no oír más lamentaciones, disponíame á salir á la calle; pero dos manos colocadas sobre mis hombros detuvieron mi marcha. Era mi amigo Sarmiento.

—¡Préstame dos duros! me dijo.

Como me encontraba desarmado y el golpe había sido tan brusco, no pude defenderme; así fué que, para librarme de mi adversario, me di por vencido, entregándole la cantidad que me pedía.

—Gracias, exclamó, estrechándome con efusión las dos manos. Siempre te he tenido por mi mejor amigo, y se vé, por tu proceder, que te compadece de la verdadera desgracia.

—¿Qué desgracia? ¿Te han dejado cesante?

—Más valiera. Cesante, me declararía en quiebra, y mis acreedores tendrían que esperar hasta que cambiase mi suerte.

—¿Tienes deudas?

—Tengo, pero no muchas. Debí cuatro meses á la patrona, los trajes de dos años al sastre; á Ramon, el mozo del café, el gasto hecho durante todo el año, y unos cuantos piquillos que nada significan.

—¿En qué empleas tu sueldo?

—Mi sueldo? Como con él no tengo lo suficiente para pagar mis deudas, busco en la suerte el medio de cumplir con todos; pero tengo tal sino, que nunca logro acertar un pleno. Ya ves, una cosa tan sencilla, un pleno que aciertan tantos. Créeme: soy el hombre más desgraciado del mundo, porque mi intención no puede ser más laudable; yo juego, pero es con el objeto de cumplir como un caballero. El día dos cobro la paga y el tres ya estoy como has visto. Creo que, después de oírme, comprenderás con cuánta razón me quejo de mi suerte.

Harto de encuentros tan fatales, busqué refugio en mi casa; pero cuál fué mi asombro al encontrarme, sentada sobre un peldaño de la escalera, á mi criada, la que, llorando amargamente y con voz lastimera, exclamaba:

—Ay, qué desgraciada soy!

La verdadera desgracia es la mía, murnuré; que no doy un paso sin tropezar con una víctima de la suerte.

—¿Qué ha ocurrido? pregunté á mi criada algo alarmado.

—¡Ay, señorito! exclamó. ¿Qué ha de ser? Que la señora me ha despedido. A mí, que tanta ley y cariño tenía á la casa, y que todo lo que á ella pertenecía lo miraba con el mismo cariño é interés que si fuese mio.

—Vamos, vamos, la dije, todo se arreglará. Y subí á enterarme de la causa que había motivado tan radical medida. Mi mujer me estaba esperando, y al ir á interpellarla sobre la cuestión, se adelantó diciéndome que había despedido á la muchacha por haberla encontrado escondidos una sortija de oro y una docena de pafuelos de mi mujer, y cinco pares de calcetines, una levita y un pantalón míos. Entonces comprendí con qué verdad decía que todo lo miraba con el mismo interés y cariño que si fuese suyo.

Aprobé la determinación tomada por mi mujer y me dirigí á mi cuarto con objeto de distraerme, trasladando al papel las impresiones del día. Pero fué todo en vano: sin duda debí contagiarme de la mala suerte de los que me había encontrado, porque al soltar la pluma ví que había hecho, como notarán Vds., un artículo verdaderamente desgraciado, quiero decir, *sin gracia*.

Juan de Coupiquy

CAZA MAYOR.



—Mírale con cierto mimo. —Mamá, me estás aburriendo; ¿no ves que estoy dando el timo? —Es que está ya anocheciendo y no tenemos ni un primo.

TODO LO MISMO.

Tres días ha que llegué, y será indiferentismo, pero yo aseguro que en cuanto a Madrid lo mismo, lo mismo que lo dejé. Nada nuevo pude hallar! Todo sigue inalterable! La manía de medrar, el empeño de empeñar, y la costumbre del tablo. Siguen los mismos perdidos echándola de señores, y siguen sin ser habidos todos los más aplaudidos y notables timadores. El forastero que llega sufre del timo el estrago, y para el que á amar se entrega, siguen las mamás de pega y las conquistas de pago. Siguen los mismos cesantes, las miran en los balcones, y á todas horas, como ántes.

continúan los simones dormidos en los pescantes. Siguen los mismos chiquillos con su celo extraordinario limpiando agenos bolsillos, y siguen los organillos aturdiendo al vecindario. Siguen los mismos señores dando dinero á intereses, y para colmo de horrores, siguen los mismos ingleses tras de los mismos deudores. Sigue en busca de destinos la gente desocupada, y se conservan tan finos los mismos siete-mesinos de la anterior temporada. Sigue no siendo un misterio que muchos coman de balde, y en fin (esto es lo más serio), continúa el mismo alcalde, y hasta el mismo ministro!!

Vital Aza

GALERIA DE ESPECTADORES.

EL QUE DA SU OPINION DURANTE EL ENTREACTO. Este tipo es uno de los más temibles para el autor. ¡Cuántos segundos y tercetos actos se silban por el maldito entreacto!

LAS FERIAS DE SETIEMBRE MADRID — POR CILLA.

BAZAR DE DESHECHAS.



—¡Está un gupeton! —¡La levita es... —¡Qué es grande y bonito. Si le apuras, siempre se hace ustestión.

En este momento, el aficionado á dar su opinion se mezcla en todos los grupos; toma parte en todas las conversaciones, y no sabe hablar de otra cosa. —Mi opinion, grita como un condenado, es que la obra no empieza bien. Preveo un desenlace desastroso. ¿Han visto Vds. la escena terca? ¡Qué inverosimilitud! ¡Pues y el final! ¡Mi opinion es que el público no debía tolerar tales engendros! Y mucha parte de ese público que no emite su opinion, pero que forma corro cerca de nuestro tipo, y que le cree un sabio, porque habla muy alto y porque habla mal, empieza á darle la razon y á mover la cabeza en señal de asentimiento. La atmósfera se extiende. —¿Qué tal?—preguntan por las galerías. —Esto es muy malo. Abajo ha dado una su opinion. —A mí me parecia regular, pero casi estoy ya conforme con Vd. —Dicen que es inverosímil, y que el público protestará. —¿Sí? ¡Me alegro! Las gritas me divierten mucho. A todo esto, el que dá su opinion ha entrado en un palco. —¿Qué les parece á Vds.?—pregunta. —¡No deja de tener gracia! Es preciso ver el segundo acto. —¿Para qué? Mi opinion es que tan malo será el segundo como ha sido el primero. —¡Tal vez nos equivoquemos! —¡No, señor! ¡Crealo Vd.! ¡Yo no me equivoque nunca!

Y poco á poco va cundiendo la voz por el teatro de que la opinion de aquel caballero no ha sido favorable. Por que el tal individuo no sosiega un minuto. De los palcos va á las galerías, de las galerías vuelve á las butacas,

y de éstas se dirige al café, al guarda-ropa, al despacho de billetes, concluyendo, cuando ha dejado sembrada su opinion entre el público, por dar su coladita en el escenario. Aquí su opinion no es la misma. —¿Cómo va esto?—le pregunta el empresario. —¡Muy bien! ¡Un primer acto precioso! Mi opinion es que se aligere un poco mañana; pero ¡precioso! —¿Le ha gustado á Vd.?—exclama el primer galan. —¡Muchísimo! Ahí fuera he dado mi opinion. Van Vds. á tener un éxito. —¿Que dice el público? —Mi opinion es que el público no entiende una palabra. Ni siquiera presta atención á lo que se representa. Se distrae mirando á los palcos y arreglándose los puños de la camisa. De vez en cuando se digna sonreír, exclamando de paso: —¡Qué barbaridad!—Pero, en mi opinion, la obra ha encajado.

De repente se acerca el autor. —¡Hola! ¿Tiene Vd. mucho miedo, eh? ¡Qué tontería! ¡Esto entró! Segun mi opinion, no hay nada que temer. ¡Que sea enhorabuena! Un ahogado pasa por allí. —¡Eh! ¡D. Antonio! ¡Ha visto Vd. esto! —¡No, señor! Llego ahora mismo. —Pues... (Aparte, y en voz muy baja.) Mi opinion es que no llegamos al tercer acto. Y durante todo el intermedio repite sin cesar á unos y á otros su caprichosa opinion, que cambia de cascaca segun se dirige á los indiferentes, ó á los interesados. Si la comedia se aplaude, dice: —¡Ya sabía yo esto! ¡Que le diga á Vd. la empresa cuál era mi opinion! Si la comedia se silba, exclama: —¡Lo que yo dije! ¡Mi opinion fué pública! La expresé en todas partes. Y siempre su opinion ha de prevalecer por encima de todas las opiniones.

¡Oh, público! Cuando salgas á fumar un cigarro en los intermedios, y oigas gritar como un energúmeno al que dá su opinion, huye como si el demonio te llevase, porque de otro modo, estás expuesto á no tener opinion propia. Juzga la obra segun Dios te diere á entender, y aplaude ó silba segun tu criterio. La opinion de aquel apóstol con levita no debe variar el rumbo de tus ideas, ni cambiar el derrotero de tus propósitos.

Y, despues de todo; ¿sabes quién suele ser ese que tanto gita y gesticula, y cuya opinion flota por el espacio, poniendo en un tris la reputacion del autor, sus largas horas de vigilia, y lo que es aún más sagrado, el sostenimiento diario de sus obligaciones? Pues suele ser un barbero ilustre, ó un fotógrafo sin parroquia, ó un escribiente de la clase de sextos.

MARIANO PINA DOMINGUEZ.

DOS BOTELLAS.

La escena representa una habitacion cuyos desordenados muebles acusan un acontecimiento extraordinario para la familia á quien prestan sus servicios. Delante de las sillas yéne mundos y maletas con la boca abierta para recibir ropas y otros objetos. Sobre la mesa están las cestas que han de llevarse (!) á la mano; y junto á ellas un grupo de paraguas, sombrillas y bastones.

El Sr. de Botella, la Sra. de Botella y cinco botellitas, son otros tanto espíritus de la golosina dispuestos á viajar, que de pié derecho en medio de aquel puesto de feria, dan á la escena el aspecto del célebre cuadro de las lanzas.

El jefe de la familia habia sido un ingeniero notable, pero con tal desgracia, que jamás le aprobaron un proyecto; el último fué el de un ferro-carril directo entre Madrid y la Coruña pasando por Cadiz... y también tuvieron el atrevimiento de desechárselo.... Así es que no contando con ingresos, y teniendo cada día mayores gastos, los ahorros se habian concluido. El casero estaba tan atento y tan cariñoso que iba á visitarles casi diariamente; mil artistas de todo género habian descubierto el movimiento continuo por medio de la campanilla; y en fin, aunque no incurrian en falta, debiendo á los criados (porque no los tenían), en cuanto á lo demás, Madrid era ya para nuestra familia la mismísima Inglaterra.

En tan lisonjera situacion, el Sr. Botella no encontró medio más á propósito para evitar que sus seres queridos, se comieran los unos á los otros, sino marcharse con ellos á casa de un hermano que, jefe á su vez de otra numerosa familia, vivia de sus rentas en un cercano pueblo. Se avisó, pues, con la debida anticipacion á quien iba á ser víctima de aquella plaga; suponiendo y con razon que el afortunado labrador no negaria la hospitalidad á unos parientes que al fin y al cabo eran tan Botellas como él.

Resuelta la determinacion, hácese el equipaje, previénese todo, y se aguarda, en fin, á que llegue la hora de partir, por el eje, al pobre hermano.

Campanillazo.

Seagradados los ánimos, devueltos de mala gana los abrazos y pasados los desmayos consiguientes á tan agradable sorpresa, oiganos el dialogo de los hermanos:

—Pues chico, yo no he recibido en el pueblo tal carta... ¡Ah! ¡Lo que es el mundo!... ¡Mientras tú preparas un viaje con la familia, tu pobre hermano liora su completa ruina!...

CIENCIA INDUSTRIAL.



—¡Este chico! ¡Oh! ¡El verde... —¡Por fin... sólo me...

¡GRAN LIQUIDACION!



—Lo que busco no lo encuentro. —¿No hay más cachivaches? —¡Sí! Esto es lo que tengo aquí; pero aún me queda algo dentro.

—¿Cáspita! ¿Qué dices? —Si, hermano mio; he tenido que vender la casa, la huerta, todo. Las buenas cosechas han ido á menos; mi mujer ha ido á más, como comprenderás por el séquito que traemos, y, en fin... que no tengo para vivir, y á todo trance quiero que nos ampare hasta que consigas proporcionarme una colocacion...

—Vaya si te colocaré!... (en medio del arroyo). Y hasta te ofreceré mi casa, si no tuviera sobre ella... —¿Qué tienes? ¿Acaso malos vecinos? —No; una pequeña deuda que me obliga á... —(Sopla!) Pero si no es más que pequeña... —Digo pequeña, porque es sistemática!... Y los dos, á cual más asombrados, sentian latir sus corazones con violencia.

Sin embargo (el embargo vino despues), como aún llegaban á reunir entre los dos un capital de cuarenta y cinco reales, aquel día comieron en comandita unas lechugas, con pan del ayuntamiento.

No sé si mañana se alimentarán con alpiste; pero lo que fundadamente presumo, es, que si la autoridad llega á tropezar con estos infelices, los aprehenderá sin remedio; porque, aunque no contienen materias explosivas, bien fácil es conocer que al fin y al cabo son Botellas, y muy próximas, por cierto, á reventar de hambre.

Juan Perez Luinca

MI RELOJ.

Me lo regaló un inglés legítimo de London, porque estuve más de un mes cuidando con interés de su españolizacion.

Por el baile de remango me mostraba afición mucha, y aunque impropio de su rango, logré enseñarle el Fondango y parte de la Cañucha.

Le acompañé por la villa de la Diana a la retreta, y en fe de amistad sencilla, le convidé a una chuleta en la calle de Sevilla.

De allí salimos despues, y dando rienda a los pies me lo llevé al hipodromo; al verse allí, nó sé cómo, casi relinchó el inglés.

Yo supongo, sin recelo, que el buen milord se asustó. ¡Comprendo su desconuelo! Le dije lo que costó y puso el grito en el cielo.

Por mi afán grande y profundo con gracia conmovedora me dió el reloj sin segundo, ¡que tambien hay en el mundo ingleses que dan la hora!

¡Qué milord!... Bien claro digo que era de lo que no hay. De su marcha al ser testigo me dijo el pobre... "¡*God bay!*" (1) y yo dije... "¡Adios amigo!"

Con el tren mi inglés partió ¡ay de mí! y entonces yo, en mi afecto tierno y puro, me fui a empuñar el reloj por tenerlo más seguro.

Preso por mi suerte urafía quedó en su cárcel extraña. De salvarle no hubo modo...

¡Qué nacional... Inglés y todo prenderlo... ¡Cosas de España!

De tal valor lo apreciaron que en un cajón lo encerraron a él sólo... ¡Funesto empeño! ¡Pobre, lo incomunicaron!... ¡Sobre todo con su dueño!

En todo un año cabal no atrasaba el buen inglés un segundo... ¡Hado fatal! ¡Yo tengo un muelle real que atrasa un año en un mes!

Y el caso es que bien mirado no es muy raro que tal haga, porque al fin como empleado, hasta en el cobrar la pagando siempre retrasado.

Si ya no vuelvo por él, como será de cajón, tras la papelista cruel pondré esta sentida y fiel esquela de defunción.

*Por el estómago impío don Ancora Línea Recta se hundió en el sepulcro frío... Gozó una vida perfecta tres meses al lado mío.

¡Caminando a un recto fin murió el pobre y no de *esplín!* ¡Las honras en San Ginés. Se dirá misa en inglés porque no entiende el latín!

José Jackson Veyans

¡ATE USTED CABOS!

Lo he meditado, y despues cien veces digo y repito, que en este mundo maldito anda todo del revés.

¿No es contradicción capaz de echarlo todo por tierra, vivir con su suegra en guerra y que ella se llame Paz?

Conozco yo en Salamanca una tan morena, que ya es de color de café, y tiene por nombre Blanca.

Tuve una novia en Valencia, que seis años sin cesar me estuvo haciendo rabiar, y se llamaba Clemencia.

Una jóven ¡gran figura! pupila de un coronel se fugó con el furriel: la niña se llama Pura.

Por ir su mujer compuesta quedó arruinado Bartolo, ¡y éste se casó tan sólo por llamarse ella Modesta.

Suspica y recelosa, sin sosegar un momento,

presta al ochenta por ciento una doña Generosa.

Hace perder la paciencia a cuatro ó cinco galanes, ocultos en los desvanes, la simpática Inocencia.

A Juan, que es como una pasta, se le escapó su costilla con un jóven de Sevilla ¡y lloraba por su Casta!

¡Es tuerta, roma, pecosa, desdentada, tartamuda,

gorda, calva, bigotuda,

atroz y... se llama Rosa!

Siempre en continua pendencia, en jaranas y holinas,

en su casa y las vecinas, está en su centro Prudencia.

Enfermiza y achacosa, de buena ó de mala gana,

cada estío Robustiana tiene que ir a Panticosa.

Si en todo la suerte adversa dirige el mismo enemigo,

hay que conocer conmigo que el mundo es un vice-versa.

Julio Monreal

(1) Como debe de decirse, no como debe escribirse.

¡¡QUÉ LÁSTIMA!!

Hoy que el físico, el teólogo y el político discreto, y el legista, y el psicólogo se descubren con respeto ante el erudito arqueólogo;

Ante el viejo rebuscón que en largo estudio se afana por saber si una inscripción fué del tiempo de Nerón ó si fué *anti-diluviana*.

Hoy que es hallazgo feliz y objeto de mil envidias un busto ya sin nariz, que dice Romero Ortiz que es obra del mismo Fidias.

Hoy que por tener un plato, de cuando mandó Viriato, cualquier inglés dá un caudal, viene un decreto de ornato público (ó municipal)

Y con mano despiadada, sin discursos, ni consulta de alguna academia culta, tal vez riqueza estimada, entre escombros se sepulta.

Y el bizantino edificio, y el geroglífico hebreo, y el mosaico fenicio desaparecen lo veo por menguado beneficio.

¡Por qué la fraseología de importante arqueología, de numismático celo,

si ha de haber esta manía de arrojarlo todo al suelo?

Yo celebro la costumbre de conservar el casón con su pintada techumbre, como guardan en la cumbre de Atenas el Parthenon.

Tambien del ayuntamiento quiero *aplaudir* los afanes, por cambiar hasta el cimiento de ese antiguo monumento la "Torre de los Lujanes."

Mas no puedo consentir el atentado brutal de una orden municipal que pronto va a destruir un histórico local.

Local en cuyos salones tuvieron sus alegrías más de cien generaciones; ¡qué chuletas! ¡qué tostones! ¡qué cabrito y qué judías!

Allí al plebeyo y magnate los unió la pepitoria y la carne con tomate; ¡y no será un disparate menospreciar tanta gloria?

No puede ser, y yo espero protesten sin dilacion la prensa y Madrid entero; ¡qué diría el extranjero al ver tal profanación!

Hoy que se quiere indagar de Pompeya el triste fin y su anfiteatro hallar; ¿no es lástima derribar la cantina de Botín?

ANGEL PARDO.

¡¡POBRECILLA!!

—¿Por qué lloras, hermosa Filomena?
¿Por qué tus ojos, negros y rasgados, hoy se encuentran de lágrimas profundos, y así suspiras de pesares llena?
¿Es, acaso, que sientes honda pena compadeciendo á seres desgraciados: ó es que ves tus caprichos malogrados por dura voluntad que te encadena?
A un corazón que te ama tranquiliza: dime de ese tu llanto las razones.
¿Qué profundo dolor te martiriza?
Dimelo ¡dulce bien! sin aprensiones.
—*¡Que me ha dado mi padre una paliza, por no saber coser sus pantalones!*

PEDRO ESTAÑONI HERNANDEZ.

¡LO QUE HACE EL SUEÑO!

Sofé una noche que feliz me hallaba, soltero y con amor, y que una jóven, cual la luna, bella, mi corazón robó.
La acción pasaba en un jardín ameno: el balsámico olor que despedían las fragantes flores nuestro amor inflamó.
Y entre uno y otro, y otro y otro beso, y algun que otro apretón, exclamé satisficho: ¡Cuánto te amo!... Y mi sueño cesó.

.....
Mi esposa, que despierta en el momento, al más leve rumor, me atizó una guantada tan tremenda que... en fin, me despertó.

—¿A quién besabas, dime, infiel esposo?
¿Quién tu dicha turbó?
Y llevando mi mano á la megilla contesté: *Un bofetón*

—Sueño ha sido no más, querida mía, ten de mí compasión, y no te ofendas, porque el sueño, esposa, mi mente trastornó.

Y entre uno y otro, y otro y otro beso, y algun que otro apretón, exclamé satisficho: *¡Cuánto te amo!*

Y ella, al fin... se durmió.

F. BELTRAN.

SEGUIDILLAS GITANAS.

Por este desierto
con mis penas marchó;
sin luz que me guíe, pues hasta tus ojos
me niegan sus rayos.

Tu acción fementida
olvidar espero,
si no vuelvo á verte, ni escucho tu nombre,
ni escucho tu acento.

Pasar por mi lado
te miré ya muerta,
y en aquel instante murieron mis dichas,
nacieron mis penas.

Hay penas que pasan
y penas que duran:
la de verse en el mundo sin madre
no se acaba nunca.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

RIMAS.

Estaba el muerto en la caja
pálido, rígido, yerto,
los cuatro grandes blandones
que lucían junto al féretro
alumbraban la capilla
con sus resplandores tétricos.
Allá dentro se escuchaban
los sollozos y lamentos
que lanzaban los parientes,
los amigos y los deudos.

¿Por qué lloran?—Pregúnteme
fija la vista en el muerto—
¿Llorarán por el difunto
ó acaso lloran por ellos?..
¿Quién sabe! Pregunta es esta
á que á responder no acierto,
y cuanto más lo medito
ménos explicarme puedo
quiénes son los más felices.
si los vivos, ó los muertos.

VENTURA MAYORGA.

EPÍGRAMA.

Con un palo que empuñaba
y sin la menor cautela,
sobre un maestro de escuela
un muchachuelo saltaba.
¿Qué haces?—el mártir del hambre
le dijo—“Ya lo ve usted.
Ahora estoy haciendo e-
quilibrios sobre el a!—hambre”



Ha dejado de pertenecer á la redacción del MADRID COMICO el que fué su director literario, nuestro querido amigo D. Alvaro Roma, ocupando su puesto D. Miguel Casañ, que venia siéndolo interinamente desde el número 32.

Un novio ha abandonado á su novia ántes de llevarla al altar, porque descubrió que la mayor parte del pelo que lucía su adorado tormento era postizo.

Suele llevarse un camelo
de los de marca mayor,
el que quiere con anhelo,
cuando le flecha el amor,
tener el amor al pelo.

Los panaderos han celebrado nada ménos que una conferencia con el alcalde de Madrid.

¿Para qué? dirán Vds. Pues para acordar la expedición del pan con arreglo al sistema métrico-decimal.

—¡Toma! Yo creí que era para que los panaderos cobraran el pan con arreglo á los precios del trigo.

La empresa de la plaza de toros de Madrid es una señora empresa.
El ganado que regala al público suele ser tan malo como el de la última corrida.

Pero en cambio origina escándalos como el promovido en los tendidos de sombra, por procurar la venta de más billetes de los que admiten los asientos marcados.

Con unos toros *tan sencillos*, unos billetes *tan duplicados* y una autoridad tan tolerante...

Vamos, que nos la pega
el señor de Menéndez de la Vega.

La policía de Valladolid ha capturado á una célebre *tomadora*.
Esta se llama la *Vaquerina*. La policía comprendió que con este nombre no podía faltar á las corridas de toros, y al salir de la plaza se verificó el encierro de la *Vaquerina*.

Veremos si se escapa al hacer el *apartado*.

El Sr. E. Lomba y Urriola, autor del precioso libro titulado *Un defensor del tabaco*, ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar de la citada obra, la cual recomendamos á nuestros lectores, sin ningun género de elogios, para que no se crea que son más bien en cambio de su amabilidad que al indiscutible mérito de su trabajo.

El avaro Juan Ugalde,
estando enfermo, decía:
“Con gusto me moriría
si me enterraran de balde.”

Dos gomosos en el cuarto de una actriz:

—¡Brava!

—¡Peciosa!

—¡Sublime!

—¡¡Adebañadada!!

La actriz haciendo crujir las ballenas del corsé á fuerza de saludos y contorsiones:

—Muchas gracias, señores: *asiéntensen* ustedes.

La mamá de la actriz:

—No *sastráhen* ustedes del escándalo *quest* armando mi Visanteta: como ustedes *laprietén* un poco más con sus *indulgencias* aún dará más, porque tiene pasta y madera *pa* ello.

En el público:

—Esa mujer es insufrible

—¡Lástima de traje!

El empresario:

—¡Me ha partido! Eso no es actriz, es un camelo.

El autor de la obra:

—¡Me ha matado esa señora!

Mi comedia se vá al foso y yo tendré que irme al Pardo.

El circo de Price cada noche está más concurrido. El director y propietario Mr. Parish demuestra su afán de corresponder debidamente al público que le favorece, presentándole diferentes notabilidades artísticas

El martes debutó la familia Colmar, cuyos sorprendentes ejercicios fueron muy aplaudidos.

La simpática artista madrileña, Srta. Virginia, alcanza todas las noches una ovación en su bonito y difícil salto del túnel

El juego de la rosa es digno de verse.

Los clowns Tony Grice y Honrey, como siempre, haciendo las delicias del público.

Merece la compañía
y el director mil elogios,
y conste que esto es justicia
y que no es golpe de *bombo*.

Ha sido denunciado *El Deber*, periódico de Soria.

Si *el deber* fuera siempre denunciado, apenas quedaria un español sin denuncia.

Treinta barbianes de raza,
que toman el rom en taza,
para arrimarse algun *tute*,
se van de noche á la Plaza
de Matute.

No entra en el café *Imparcial*
maton que el róten esconda,
desde aquel berengenal
en que figuró la ronda
judicial.

Si hay de esa ronda individuo
que, á los belenes asiduo,
la justicia nos desquicia,
no va á quedar ni un residuo
de justicia.

SOBRE AQUELLO DE CERO, ELIJAN Y COMPAÑÍA.

Habíamos prometido publicar la lista de las casas en que trabaja la famosa compañía, si la autoridad no hacía por que aquella suspendiese sus raciones.

Como esto último ha sucedido respecto de algunas, es, por ahora, innecesario, cumplir la oferta.

Nosotros queremos ser imparciales y justos. Nuestras insistentes reclamaciones no han sido desoídas por completo.

Durante los últimos días se han mandado cerrar algunas de las casas de juego que estaban abiertas. Por algo se empieza.

Nosotros no nos creemos satisfechos mientras se tolere que continúe funcionando una tan sólo. Pero ya confiamos, pese á quien pese, lograr nuestro propósito.

Prosigua la autoridad en su honoroso cometido contra las *mesas del crimen*.

Nosotros nos reservamos el grito derecho de aplaudirla, que ejercitaremos gustosos.

En todas las cosas de este mundo hay siempre, como se suele decir, pobres y ricos; y decimos esto, porque parecía lo natural y lo justo que se hubiera procedido contra todas las casas de juego por igual.

Pues, no, señor; no ha sido así. Hasta ahora sólo han pagado los platos rotos los que bien pudiéramos llamar los infelices ó los más pobres. En cambio, los que tienen grandes influencias, ó los que se han dado maña para colocar sus establecimientos *industriales* al lado de alguna de esas sociedades de recreo que gozan de favor inmerecido, contra esos, ¡aún no se ha procedido!

Esas deferencias deben concluir. En materia de dueños de garitos, todos son iguales, y tratados por igual deben ser.

¿Hay padrinos? Indudablemente; porque sin ellos, y un poco más de energía en las autoridades, no habría ni una casa de juego en todo Madrid.

Firme, pues, y á concluir con todas para siempre.

Seguramente, nuestros lectores ya supondrán que nuestra viril energía contra las casas de juego ha creado á nuestro director enemigos poderosos: así que, siempre tiene alguien que se le acerca y le cuenta planes que se fragan contra su existencia.

Tantas son las cosas *graves* que le han dicho sus amigos, respecto á este asunto, que, indudablemente, cualquiera otro más pusilánime, no saldría de su casa, y hasta hubiera hecho la pluma mil pedazos antes que volverse á ocupar de los Sres. Cero, Elijan y Compañía.

Pero el director del MADRID CÓMICO lo cree *todo* invenciones, y nosotros estamos en este asunto de acuerdo con él, pues no se pueden creer, por calumniosas, ciertas noticias.

Entre ellas figura la siguiente, que le han dirigido ayer en un anónimo: *Que para poderle asesinar impunemente, hasta se había hecho retirar de la calle de Peligros, esquina á la de la Aduana, la pareja de orden público que hay costumbre de instalar allí.*

El autor de ese papelucho, no tenemos inconveniente en declararlo aquí, es un calumniador, y nosotros, aunque no lo necesita, volvemos por la honra lastimada del dignísimo jefe á quien corresponde ese servicio.

Otra de las noticias, y ésta es verdad.

Los comahidos *Pensionados* sacerdotes del dios *Asar* preparan un libelo á guisa de periódico, con el fin de atacar la honra del director del MADRID CÓMICO. Pero éste no se amedrenta ante ésta, ni ante las otras amenazas, y ya sabrá lo que ha de hacer con los que tan soberbamente ejerzan el *torcido*, que no siempre ha de ser *derecho*, de *patalco*.

He leído el libro titulado *Los Misterios de la calle de Penederos*.

Su autor, el popular novelista Sr. Sanmartín, ha puesto las manos en la masa de los panaderos misteriosos, y demostrado el por qué en algunas familias salen más panes muertos que derechos.

Aplaudimos la intención sana del escritor y recomendamos su pan novelesco-histórico á las jóvenes incautas y á los que tengan hambre de moralidad y de justicia.

¡OH TÈMPORA!... — POR CILLA.



Soldado soy; y lo mismo me hato en una trinchera que tomo una flojera. (¡Jesús, y qué anacronismo!)

Es un diario muy leído de ver azabo este anuncio: "Se vende el equipo entero de una novia en muy buen uso."

CHARADA.

Vino un *todo* á Madrid, y, haciendo el primo,—pegó el *primero* tres sufriendo el timo,—y al ver su suerte escasa,—tomó el *tres-dos* y se largó á su casa.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Amaden.

ANUNCIOS.

CURSOS DE PIANO, DIRIGIDOS por el profesor D. V. Costa y No-gueras.—Tienen lugar todos los días en su casa, calle del Arsenal, 14, entresuelo, interior.—Honorarios 30 rs. mensuales por curso al-terno.

DEPÓSITO DE FÓSFOROS.—Á 3, 6, 8 y 9 rs. libra aragonesa. Wagners-cajas de 100 cerillas á 12 cuartos docena y 25 y 26 rs. gruesa.—Barco, 36, tienda.

VENTA DE CUADROS ANTIGUOS. Calle de Don Pedro, 5, segundo derecha. No se trata con corredores.

MONLEON.—PROVEEDOR DE LA real casa.—38—*Jacometrezo*—38—Por más que busco y rebusco—desde Cádiz á Bilbao—y desde Oporto á Mahon.—no he visto mejor cacao—que el cacao del so-coussou—Monleón.

ACADEMIA DE MATEMÁTICAS. Preparación para carreras fa-cultativas. Especialidad en la de topógrafos y oficiales de topógrafos. por el oficial D. José Blauquer.—Tudescos, 10, segundo.

MADRID CÓMICO.

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Con artículos, poesías y las firmas autógrafas de todos nuestros mejores poe-tas y literatos, novelistas y autores dramáticos, y con viñetas y caricaturas de los más distinguidos dibujantes.

REDACCION-ADMINISTRACION: ADUANA, 35, MADRID.

DESPACHO:

Excepto los sábados y domingos, los demás días de dos á cinco de la tarde.

PRECIOS DE SUSCRICION

HACIENDO LOS PEDIDOS DIRECTAMENTE Á ESTA ADMINISTRACION.

LOS QUE SE HICIERON POR MEDIO DE LOS SEÑORES LIBREROS Ó CORRESPONSALES SUPLEN UN AUMENTO DE 25 POR 100.

		Ptas. Cs.
MADRID Y PROVINCIAS	6 meses	4
	1 año	7-30
PORTUGAL, CUBA Y PUERTO-RICO	1 idem	10
EXTRANJERO (U. postal) Y FILIPINAS	1 idem	13
OTROS PAÍSES	1 idem	20

Las suscripciones empiezan á contarse desde el día 1.º del mes en que se hacen.

No se sirven suscripciones si el pedido no acompaña su importe.

VENTA.

		Ptas. Cs.
	25 números	2-30
ESPAÑA	12 idem	1-25
	1 idem	0-15
	1 idem atrasado	0-40
EXTRANJERO (Union postal), PORTUGAL Y POSESIONES ESPAÑOLAS EN ULTRAMAR	1 idem idem	0-60
DEMÁS PAÍSES	1 idem idem	0-75

No quedan ejemplares de los números 2, 5, 7, 10 y 11.—Se harán nuevas tiradas.

Los señores correspondientes y suscritores de provincias pueden hacer el pago en letras de comercio ó libranzas del Giro Mútuo; y si prefieren hacerlo en sellos, deben, para su seguridad, certificar la carta.

Toda la correspondencia deben dirigirla así: Sr. Administrador del MADRID CÓMICO, Madrid.